

—Mira —le dijo la pequeña a su hermano—, un espantapájaros.

Los niños andaban curioseando alrededor del caserío, mientras en el interior los padres trataban del precio con el dueño. En el prado que se extendía en la parte trasera encontraron el espantapájaros, señal de que alguna vez fue un huerto. Cuando se acercaron, se dieron cuenta del desastroso estado del muñeco. Las ropas que cubrían las gruesas estacas del cuerpo no merecían ese nombre, no eran sino sucios trozos de tela, hecha jirones tiempo atrás a causa de las lluvias en invierno y del ardiente calor estival.

El huerto, a su vez, era un reino de malas hierbas, altas y espesas, que impedía avanzar cómodamente. Allí estuvieron un rato, mirándolo, esperando, al parecer, que levantara su gastado sombrero de paja y comenzara a hablar. El espantapájaros, en cambio, permaneció inmóvil y los niños continuaron curioseando por el lugar.

Después de dar una vuelta completa alrededor del caserío, de nuevo se encontraron en el prado de la parte trasera. Y, de nuevo, el espantapájaros enfrente. Sin saber en qué entretenerse, al levantar la mirada se toparon con la ventana del desván bajo el tejado de madera.

—¿Subimos?

Los hermanos entraron en la casa y, sigilosamente, subieron por las escaleras que llevaban al desván. Lo encontraron lleno de viejos trastos y cajas. Sin hacer ruido, comenzaron a curiosear en aquel extraño bazar de los recuerdos olvidados: ropas viejas, un par de lámparas

La canción del espantapájaros

Goio Ramos

pasadas de moda, aperos de labranza, una antigua bola del mundo con los continentes y los océanos cubiertos de una espesa capa de polvo... y en un rincón una estantería llena de libros. Eran grandes y gruesos, forrados en piel, similares a los que aparecen en las misteriosas mansiones de las películas. Cubiertos de polvo, al igual que todo. Ander comenzó a leer los títulos. La mayoría estaban en lenguas que no conocía. En euskera sólo dos, uno con el nombre en latín, *Lingua Vasconum Primitiae*,¹ y otro, el que tenía en las manos, *La palabra de Txerren, el libro prohibido*.² ¿Qué podía hacer Ander ante un aviso como ése? Pues, abrirlo y leer, por supuesto. ¿Lo dudabais tal vez?

—En este libro aparecen conjuros y cosas de esas que utilizaban las brujas y los magos —le explicó a su hermana— Ya sabes, Ane, para convertir a alguien en rana y así.

Ane escuchaba boquiabierto

las explicaciones de su hermano como cuando le leían el cuento de *Josetxo Bildurbako*³ antes de dormirse, con una emoción que contenía a partes iguales miedo y curiosidad.

—¡Ane! —dijo Ander con los ojos echando chispas— ¿A que no sabes qué se cuenta en este capítulo? —Su hermana negó con la cabeza—. ¡Cómo darle vida a un espantapájaros! —añadió efusivamente.

Se levantó y avanzó hasta la ventana. Allí estaba, en medio del huerto, el espantapájaros con las raídas ropas al viento. Volvió al lado de la chiquilla y le susurró al oído.

—¿Resucitamos a nuestro espantapájaros, hermanita?

Ane sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, tal vez por el miedo, aunque tal vez fuera por la emoción.

Sin esperar la respuesta, Ander comenzó a leer lo escrito hace mucho, muchísimo tiempo por la mano de Txerren.

—«Hubo una época, antes de que la luz y la noche se separaran, en la que todo lo que había sobre la faz de la tierra tenía vida. Las imágenes creadas por hombres y mujeres tenían aliento. Un día, un lejano día Dios, ese mismo Dios que los pobres mortales tanto adoraban los castigó privándolos de ese don.

Yo en cambio, el gran Txerren, conozco ese secreto. Es suficiente pronunciar estas palabras hoy hundidas en el profundo pozo del olvido:

»Criatura creada,
»cuerpo de madera, corazón de madera,
»empiecen tus pulmones ahora a respirar.»

Los hermanos se quedaron callados, a la espera. Un ligero viento comenzó a silbar en el desván. Ander se levantó de un salto y corrió a la ventana. Allí estaba el espantapájaros, clavado a la tierra en medio del huerto, con las raídas ropas al vien-

to. Cuerpo de madera, corazón de madera.

—Mierda.

Ane respiró tranquila. No había sido más que un cuento de miedo. Eso es, un cuento de su hermano para asustarla.

—Ander, Ane, ¿estáis ahí arriba? —Era la voz de mamá.

Dejaron el libro en la estantería y bajaron corriendo. Sus padres estaban solos. El dueño de la casa se había marchado.

—¿Qué hacíais en el desván?

Ander y Ane se miraron, dudando si decir la verdad o no. Ane habló.

—Nada, pasando el rato.

Salieron fuera y se dirigieron al automóvil. Una vez dentro les preguntaron a sus padres si iban a comprar aquel caserío.

—No lo sabemos, —les dijo mamá— es demasiado caro para nosotros y parece que el dueño no está dispuesto a bajar el precio.

Papá puso en marcha el motor y el automóvil arrancó. Giró a la izquierda y tomó el camino que llevaba a la carretera. Rodearon todo el caserío. Al pasar por la parte trasera, el huerto apareció a la vista. Los críos se quedaron estupefactos. Boquiabiertos. En medio del huerto, en el mar de malas hierbas no había rastro alguno del espantapájaros. Gestos de incompreensión, caras de sorpresa, piel de gallina.

Papá giró a la derecha para salir al camino principal. Los padres, absortos en el tema del caserío, no se dieron cuenta de que los niños habían palidecido. Si hubieran mirado por el retrovisor, habrían encontrado dos rostros desencajados, cuatro ojos fuera de sus órbitas mirando más allá del cristal. Pero no lo hicieron y continuaron tranquilamente, sin reparar en el temor de sus hijos.

Allí, al lado de la señal de «stop» que había en el cruce de acceso a la carretera, estaba un joven campesino sentado en el pequeño muro de piedra. Al acercarse el automóvil, saludó a los ocupantes con la mano, sonriendo abiertamente. Para cualquiera que lo viera, el joven no era más que un campesino de la zona. No, en cambio, para los niños. No al menos, con aquellas raídas ropas y aquel viejo sombrero de paja.

Notas

1. Título del primer libro publicado en euskera (Bernard Etxepare, 1545)

2. Uno de los muchos nombres que se utilizan en la mitología vasca para nombrar al diablo.

3. Cuento popular similar al de *Juan sin miedo*.



ROGER OLMOS